

Introducción

Sandra Kuntz Ficker/Reinhard Liehr

1. El problema

La globalización es un término común en la discusión política actual y, además, de la discusión académica en varias disciplinas, primeramente en la economía y la historia económica, la historia, las ciencias políticas y la sociología. En la búsqueda de una definición viable, a muchos historiadores les ha parecido aceptable un término descriptivo que la explique como un conjunto de transformaciones mundiales de larga duración. Éstas se materializaban muchas veces de forma discontinua y, por lo tanto, en fases de mayor extensión, intensidad y aceleración de la comunicación, la interacción, la transgresión de fronteras y la profundización de las interdependencias de todo tipo (Jones 2006: 112-114; Osterhammel/Petersson 2005: 5-7; Mazlish/Iriye 2005: 2-4; Lechner/Boli 2008: 1-3).

En este volumen hemos decidido presentar estudios sobre la historia económica de México que se ocupan en su mayoría de la llamada primera globalización, es decir, desde más o menos 1870 hasta la Gran Depresión, que se inicia en 1929. No pretendemos introducirnos en la historiografía que destaca la importancia globalizadora del siglo xvi, que se ha desarrollado desde las publicaciones de Wallerstein (1974; 2000) hasta el libro de Gruzinski (2006). Tampoco quisiéramos entrar en el debate acerca de la pertinencia del término para periodos anteriores al siglo xvi.

Sin embargo, con el primer estudio intentamos adoptar también una perspectiva histórica más larga del fenómeno, volviendo a la época de la independencia e incluso a las últimas décadas del período colonial, para analizar algunos antecedentes y puntos de comparación en el sector del comercio y la producción textil. En esta época, la Corona española había incrementado con reformas —las llamadas borbónicas— la rentabilidad de sus colonias ultramarinas. En la Nueva España, su territorio colonial más exitoso, los Borbones lograron elevar de manera significativa la producción minera, la industria exportadora más importante y, a raíz de ella, aumentar el comercio interno y el trasatlántico y mejorar los ingresos fiscales y la capacidad militar defensiva del imperio. La guerra de indepen-

dencia y la inestabilidad política en la primera década de la República, que fueron los acontecimientos políticos que terminaron esta fase, arruinaron por causa de la apertura comercial la producción textil local, aunque, junto con la soberanía del Estado, sentaron la base para una política económica nacional propia.

Los demás estudios de este volumen se remiten a la historia económica del fenómeno de la globalización a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Para este propósito nos parece convincente el término reciente de *primera globalización*, aplicado a la época entre alrededor de 1870 y 1929, como lo definen especialistas de la historia económica tales como Bordo/Eichengreen/Irwin (1999), Obstfeld/Taylor (2003: 126) o Lindert/Williamson (2003: 233-247). Esta época se caracterizó por la revolución de los medios de transporte y de comunicación (canales, el vapor, el ferrocarril, el telégrafo, el automóvil y las carreteras), por la generalización del patrón oro en los sistemas monetarios y bancarios y por la disminución de las barreras al comercio, aunque este último fenómeno es en la actualidad un tema de mayor diferenciación. Las nuevas posibilidades multiplicaron los flujos internacionales de información, de mercancías y servicios, así como de capitales. Al mismo tiempo, se intensificó la migración, es decir, el traslado masivo de mano de obra, entre y dentro de los continentes, sobre todo en el mundo atlántico. La Primera Guerra Mundial interrumpió temporalmente esta primera globalización, y si bien se reanudó hasta cierto punto durante los años veinte (aunque en medio de mayores obstáculos impuestos por barreras arancelarias crecientes), la Gran Depresión le puso punto final (Findlay/O'Rourke 2003: 35-43; Williamson 2011: 4-5, 11-28).

El presente volumen se propone estudiar esta fase en México, es decir, la integración del país al mercado mundial y la modernización de diversos sectores de la economía mexicana durante el régimen autoritario de Porfirio Díaz. En esta época México logró, gracias a la expansión de los sectores de exportación de materias primas, el mayor crecimiento de su historia hasta ese momento obtenido, sin embargo, mediante importaciones de capitales y de tecnología extranjeros. La historiografía convencional –tanto la heredada del nacionalismo revolucionario como de la teoría de la dependencia– cuestionó seriamente esta circunstancia por considerar que constituía una fuente de dependencia y de subdesarrollo. El razonamiento implícito en tal conclusión parece haber sido que en ausencia de esos capitales y tecnología venidos de fuera, México hubiera podido suplirlos con energías y recursos internos, de manera que el resultado habría sido el mis-

mo, pero sin esos ingredientes negativos. Desafortunadamente, la economía no funciona de esa manera. Antes de iniciarse ese proceso de integración al mercado mundial en las últimas décadas del siglo XIX, México era un país pobre y económicamente atrasado. Los disturbios internos y las guerras externas habían frenado aún más las posibilidades de desarrollo, imponiendo un rezago significativo incluso respecto a países latinoamericanos de dimensiones y características semejantes, como Argentina, Chile y Brasil. Basta echar un vistazo al estado que guardaban los sistemas de transporte, las instituciones financieras o el marco institucional para entender por qué la economía mexicana crecía menos que sus similares en la región. En México, los capitales extranjeros no llegaron a desplazar a un empresariado nacional ansioso por encontrar oportunidades de inversión: llegaron a suplir una carencia estructural de la economía. La tecnología extranjera, por ejemplo, la que se adquirió para dotar al país de una red ferroviaria, no hubiera podido ser sustituida por otra de origen nacional en un plazo razonable, incluso si se hubieran cerrado las fronteras a toda influencia del exterior. El resultado más probable de una medida como ésta hubiera sido, por el contrario, la prolongación del estancamiento económico y la postergación del inicio del crecimiento. A la postre, el sacrificio de una cuota mayor de crecimiento económico hubiera sido un mayor rezago de la economía mexicana en el contexto regional e internacional.

Esto no significa desconocer las posibles implicaciones negativas que para el desarrollo del país tuvo el origen externo del capital y de los recursos tecnológicos con que se activó el crecimiento económico. Significa, en cambio, admitir que ésta era la única opción asequible, dadas las circunstancias históricas del momento, si se deseaba revertir las tendencias negativas que habían dominado el desempeño de la economía mexicana en las décadas anteriores (Kuntz Ficker 2007). Por causa de la inversión extranjera se tendió una red ferroviaria de casi veinte mil kilómetros que permitió la integración material del país, se rehabilitó al sector minero y se impulsó la explotación de recursos naturales que habían permanecido como riqueza inerte o escasamente aprovechada. Gracias a la globalización, México encontró una creciente demanda para sus productos exportables en el mercado internacional. Así pudo integrarse con provecho a un intercambio fructífero, en el cual aportó bienes (de origen agrícola y minero), para cuya producción disponía de condiciones favorables, y a cambio obtuvo productos que en creciente medida se asociaban con la modernización económica y la industrialización (insumos, combustibles,

maquinaria y equipo). Debido a este curso de desarrollo, México pudo dejar de transferir plata amonedada al mercado internacional, con lo que estaba descapitalizando su economía, y pudo adquirir bienes, para el consumo o la producción, mediante el comercio exterior.

Además de aportar recursos para la inversión directa en actividades empresariales, el capital extranjero también hizo posible el surgimiento de un sistema bancario, que aunque en México se desarrolló en forma limitada, si se le compara con otros países de la región, representó un gran avance respecto a su trayectoria anterior. Asimismo, mediante préstamos públicos y privados, proporcionó recursos que directa o indirectamente favorecieron la actividad económica.

Éstas fueron algunas de las implicaciones positivas del proceso de integración de la economía internacional que conocemos como primera globalización. La última dimensión de este proceso tuvo un efecto limitado en México: la inmigración. Mientras que millones de trabajadores europeos colonizaron durante todo el siglo el territorio de Estados Unidos, y miles los de otros países latinoamericanos, como Argentina y Brasil, muy pocos se sintieron atraídos por las condiciones que ofrecía, en términos de trabajo y de niveles de vida, la República mexicana. En general, estas condiciones hicieron infructuosos los esfuerzos de los gobernantes por atraer colonizadores para los estados escasamente poblados del norte, con excepción de algunas zonas de la costa noroccidental. No obstante, entre los que inmigraron a este país hubo no sólo trabajadores que participaron en labores agrícolas o en la construcción de ferrocarriles, sino también técnicos y especialistas que aportaron a la economía mexicana capital humano y empresarios que trajeron consigo sus ahorros y su experiencia en el mundo de los negocios.

Esto último hizo posible que México consolidara las condiciones para incorporarse a la economía internacional y, debido a los factores antes expuestos, experimentara un intenso proceso de integración, a través del desarrollo de un sector exportador dinámico y crecientemente diversificado. Éste llegó a incluir productos agrícolas (fibras, café, caucho, chicle y guayule, a los que en los años veinte se sumaron garbanzo, jitomate, frutas y legumbres), ganaderos (animales vivos, pieles y cueros) y minerales (plata, plomo, cobre, oro, zinc), algunos de ellos con cierto grado de elaboración y mayor valor agregado. Gracias a ello, las exportaciones mexicanas crecieron a una tasa media del 6% anual entre 1870 y 1929, con importantes efectos de derrame sobre el resto de la economía. En conjunto, ésta creció

a un promedio del 3% anual antes del estallido de la Revolución mexicana (Kuntz Ficker 2010a). Más relevante aún es que el auge de las exportaciones, al impulsar la reactivación económica y promover el ahorro interno, contribuyó al surgimiento de la industria, promovida principalmente por empresarios nacionales y orientada al mercado interno.

El crecimiento exportador de la economía mexicana prosiguió durante la década de 1910, pese a las circunstancias extraordinarias creadas por la Revolución mexicana, con el impulso de la demanda externa resultante de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, la capacidad de las exportaciones para promover el crecimiento del sector interno de la economía se redujo considerablemente durante ese decenio, debido a la fuga de capitales y a que gran parte de la riqueza generada se disipó en el gasto improductivo relacionado con la guerra civil. Aunque ese vínculo entre ambos sectores se restableció durante los años veinte, las circunstancias de la economía internacional empezaron a modificarse en forma significativa, afectando la rentabilidad del sector exportador e inclinando progresivamente la balanza a favor de las actividades orientadas al mercado interno. Tanto en México como en el resto de América Latina, la crisis de 1929 dio el golpe de gracia a la era de las exportaciones, forzando a las economías a completar (o, en algunos casos, a iniciar) el vuelco hacia el sector interno, dando inicio a la fase que conocemos como “industrialización por sustitución de importaciones” (Kuntz Ficker 2010a).

Los trabajos que se agrupan en este volumen abordan en forma directa o indirecta algún aspecto de la economía mexicana a lo largo del siglo XIX y su relación con el ámbito internacional, con especial énfasis en el periodo de la primera globalización. Los estudios se dividen en tres secciones: el comercio interior y exterior, los mercados y flujos de capital, así como la historia económica y social de las empresas y el comercio interior. Los autores ponen énfasis en el carácter interactivo de los procesos de la globalización, en los cuales México no fue sólo objeto del desarrollo, sino que también actuó de manera creciente como sujeto con estrategias e intereses propios. Se presta una atención especial a los actores sociales, es decir, a los individuos como empresarios, y sus empresas y redes. De esta manera se perfilarán con más claridad las características de la primera globalización en México.

El presente grupo de historiadores mexicanos y alemanes se constituyó gracias a un convenio entre historiadores mexicanistas de Alemania e historiadores del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Mé-

xico con el propósito de un intercambio de doctorandos y docentes. No se pensó en la formación de un grupo cerrado, sino en una plataforma abierta para todos aquellos que quisieran colaborar. Para promover los propósitos del convenio, El Colegio de México, con la iniciativa de Carlos Marichal, organizó un primer coloquio en mayo de 2003 sobre “México y la economía atlántica, siglos XVIII-XX”, del que se publicó un volumen colectivo coordinado por Sandra Kuntz y Horst Pietschmann. El presente volumen es fruto de un segundo simposio que se celebró en Berlín en octubre y noviembre de 2005. Agradecemos al Instituto Iberoamericano Fundación Patrimonio Cultural Prusiano y al Instituto de América Latina de la Universidad Libre de Berlín por su ayuda material y personal y, sobre todo, a la Fundación Fritz Thyssen por financiar el segundo simposio y este volumen. Agradecemos también a Isabel Galaor y a Jonatan Moncayo Ramírez que ayudaron en la corrección de los textos.

2. Los estudios

Walther L. Bernecker se ocupa de analizar la situación de la industria textil mexicana en las décadas inmediatamente anteriores y posteriores a la independencia, con el fin de observar el impacto que sobre ella tuvieron la ruptura con España y la rearticulación de las redes de comercio internacional. El autor aborda, por un lado, las características y la significación de la producción textil antes de la independencia y, por el otro, los cambios ocasionados por la apertura comercial que trajo consigo el fin del vínculo colonial, particularmente en el ámbito social.

Bernecker estudia los dos tipos de establecimiento que conformaban el sector textil: el taller artesanal y el obraje. El primero, caracterizado por el local independiente y en pequeña escala bajo el manejo autónomo del artesano (aunque cada vez más sujeto a la dinámica del capital comercial); el segundo, por establecimientos de mayores dimensiones, no maquinizados, con trabajo asalariado (aunque con rasgos coactivos) y la supervisión del patrón. La producción artesanal y domiciliaria estaba más extendida que el obraje y poseía por consiguiente una mayor importancia económica, además de constituir un modo de supervivencia para importantes grupos sociales, incluidos indígenas y castas, particularmente en las ciudades y en la meseta central.

El autor describe el importante auge que experimentó la producción textil de la Nueva España hacia el final de la época colonial, que se materializó en la conformación de una red de distribución que abarcaba prácticamente todos los confines del reino. La guerra de independencia asestó un duro golpe a esta expansión debido a tres factores principales: la fuga de capitales asociada con la salida de muchos españoles, la apertura comercial y las dificultades internas debidas a la guerra. Las consecuencias sociales de este fenómeno fueron el desempleo y el empobrecimiento del artesanado.

Bernecker retoma el debate entre quienes consideran que el fin del vínculo colonial trajo consigo la ruina de la producción textil en general y quienes piensan que sólo los obrajes fueron afectados, mientras que el artesanado pudo sobrevivir gracias a la demanda de la población de menores ingresos. De acuerdo con éstos fue la llegada de la producción mecanizada a partir de la década de 1830, y no la apertura comercial, lo que habría provocado la ruina de los talleres artesanales. La falta de información precisa sobre el comercio exterior, la producción y el mercado interno impide cerrar el debate en forma definitiva. No obstante, el autor hace uso de apuntes de viajeros para avanzar en esa dirección. Concluye que la caída en los precios, aunada a cambios en las preferencias de los consumidores, favoreció la inundación de importaciones europeas no sólo entre las clases acomodadas, sino también entre sectores populares de las ciudades y distritos mineros. En cambio, en el medio rural y entre la población indígena se conservaron los usos tradicionales en el vestir, con ropa producida en los obrajes o por el artesanado local, cuando no de manufactura casera. De esta manera, la moda y el consumo reflejaban en forma visible las agudas diferencias sociales. Pese a que tan sólo el 20% de la población vivía en las ciudades, y a que existía una conspicua desigualdad social y una muy numerosa clase baja, el autor considera que el sector de consumidores de manufacturas extranjeras pudo rebasar el millón y medio de individuos, casi el 20% de la población total. Ello explicaría la precaria situación del artesanado y los clamores por una política proteccionista, que a partir de cierto momento los primeros gobiernos independientes procurarían atender.

Sandra Kuntz Ficker aborda el análisis del patrón del comercio exterior mexicano durante la época que hemos definido como primera globalización del mundo contemporáneo, que en el caso de México corresponde con el predominio de un modelo de crecimiento liderado por las exporta-

ciones. El texto se concentra en dos de los efectos de este proceso sobre su comercio exterior: por un lado, una creciente concentración en unos cuantos socios destacados; por el otro, una redistribución geográfica que privilegió el intercambio con algunos países en detrimento de otros y que fue acompañada por cambios en la composición (por productos) del comercio mismo. A partir de este análisis se pretende explicar los factores y procesos que se encontraban detrás de los cambios en la distribución geográfica de los intercambios, así como de su creciente concentración. Con este propósito, se ocupa de las dos dimensiones del comercio, es decir, tanto de las importaciones como de las exportaciones, empleando las estadísticas comerciales de una muestra de países conformada por los seis socios principales de México durante este periodo, a saber: Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica y España.

En lo que se refiere a la concentración del comercio exterior, Kuntz encuentra que fue mucho mayor y más temprana en las exportaciones que en las importaciones, lo cual significa que la existencia de un socio comprador predominante no se impuso en el momento de elegir a los proveedores del mercado mexicano. Esto es aún más significativo si se tiene en cuenta que el destino principal de las exportaciones (Estados Unidos) era también el origen más importante del capital extranjero invertido en la economía mexicana. No obstante, este carácter multilateral del comercio de importación llegó a su fin en la década de 1910, como consecuencia, en parte, del efecto convergente de dos fenómenos: la Primera Guerra Mundial y la Revolución mexicana. A partir de entonces, el comercio exterior de México empezó a adquirir un carácter marcadamente bilateral, que reemplazó la multilateralidad del periodo anterior.

En términos de la distribución geográfica del comercio, la integración de México a la economía internacional significó un temprano estrechamiento del vínculo con Estados Unidos en el terreno de las exportaciones, mientras que en su comercio de importación el conjunto de socios europeos siguió ocupando una posición predominante hasta antes de la Revolución. La autora explica este fenómeno a partir de la composición del comercio de exportación: mientras que Europa adquiría de México los artículos de la canasta tradicional (bienes “exóticos” como vainilla, maderas preciosas y productos tintóreos, además de plata) y sólo algunos de reciente comercio, como el café, Estados Unidos absorbió tempranamente los artículos característicos del nuevo auge exportador (minerales de plata, plomo y cobre, fibras, resinas, productos ganaderos). Así, a medida que

el sector exportador se desarrollaba, el vecino del norte iba adquiriendo mayor predominio sobre las ventas mexicanas en el exterior.

Un fenómeno similar explica los cambios en el patrón geográfico de las importaciones, aunque en este caso ocurrió en forma más pausada y tardía. Aquí, el predominio de Europa reflejaba hasta cierto punto la composición de la cesta mexicana de importaciones, que incluía fundamentalmente bienes de consumo, sobre todo textiles (de algodón, lana y seda), pero también abarrotos (vinos, conservas alimenticias) y otros artículos suntuarios. La creciente participación estadounidense significaba, en cambio, el tránsito hacia una canasta compuesta en medida creciente de bienes de producción: maquinaria, herramientas, materias primas y combustibles. De esta manera, sostiene la autora, la creciente vinculación con la economía estadounidense indicaba la progresiva modernización del aparato productivo mexicano. Ello dio lugar a una mayor interdependencia económica entre los dos países, pero contribuyó también a incrementar el potencial de crecimiento de la economía mexicana.

Carlos Marichal analiza la participación de la banca alemana en los empréstitos para Argentina y México en la época de la primera globalización financiera antes de 1914, enfocándose en las últimas dos décadas del siglo XIX. Hasta 1880, los inversores británicos ejercieron un predominio en los mercados financieros latinoamericanos. En las tres décadas siguientes a partir de esta fecha, cuando las grandes economías latinoamericanas experimentaron un fuerte crecimiento al absorber grandes volúmenes de empréstitos, inversores franceses, alemanes y belgas entraron también como competidores en estos mercados. En Argentina y México los inversores alemanes continuaron la actividad mercantil y financiera de los comerciantes banqueros alemanes, como en otros países latinoamericanos, durante todo el siglo XIX. A partir de la década de 1880, los bancos alemanes participaron destacadamente en los sindicatos de los empréstitos latinoamericanos, sobre todo de los argentinos y más tarde también de los mexicanos. Entraron en estos negocios por la atracción de las altas tasas de interés y las posibilidades de altas ganancias. Con relación a Argentina, los bancos alemanes no condicionaron su participación en los empréstitos con contratos mercantiles para la importación de bienes de capital, por ejemplo, material ferrocarrilero, como lo habían realizado exitosamente los bancos franceses. Sin embargo, la participación de los bancos alemanes en los empréstitos argentinos afectó a los negocios de los bancos franceses y, sobre todo, la supremacía de las casas financieras británicas. Con

el empréstito mexicano de 1888, la banca de Berlín S. Bleichröder y Cía. aportó a consolidar tanto la antigua deuda británica como las finanzas públicas de México en el Porfiriato. El papel dominante de la banca berlinesa en este empréstito fue favorecido, primero, porque fue imposible, desde la suspensión de los bonos imperiales en 1867, colocar bonos mexicanos en la Bolsa de París y, segundo, porque los inversores ingleses mantuvieron una actitud reservada frente a nuevos préstamos a este país. S. Bleichröder y Cía. logró participar también en los empréstitos mexicanos siguientes. Sin embargo, en los de 1904, 1908 y 1910 esta firma financiera fue desplazada por rivales, entre ellos bancos alemanes y norteamericanos. Marichal demuestra claramente la gran rivalidad entre los bancos europeos y norteamericanos en la oferta (*supply*) de empréstitos durante esta época de la primera globalización financiera.

Paolo Riguzzi investiga también, con más detalle, la presencia de los bancos alemanes en México durante la primera globalización, es decir, la época del régimen monetario del patrón oro, de instituciones y organizaciones financieras y grandes flujos de inversión. Su estudio cubre el mismo período, que va desde el retorno de México al mercado de capitales a partir de 1887 hasta 1913. Analiza los empréstitos al gobierno y el sector público, describiendo también los actores involucrados. Llega a la conclusión de que, dentro de los circuitos financieros fundamentalmente cosmopolitas, los bancos alemanes no sirven de ejemplo para aspectos del concepto de imperialismo informal, porque no podían limitar la autonomía o “soberanía financiera” de México en desarrollar proyectos de inversión y encontrar financiadores con suficientes fondos. Por otra parte, los negocios mexicanos de los grandes bancos alemanes sólo representaron una pequeña parte de sus actividades. Al mismo tiempo, los diferentes bancos no formaron con sus intereses un frente unido bajo la bandera alemana, sino más bien se encontraban en la mayoría de los casos en competencia y rivalidad.

La reconexión de México a los mercados de capitales fue organizada por la casa bancaria alemana S. Bleichröder y Cía. por medio de la primera emisión de deuda externa de 1888. En su mayoría fue una conversión de la antigua deuda inglesa de 1824-1825, si se excluyen los suspendidos empréstitos imperiales de 1864-1865. En las décadas posteriores a 1888, México emitió una serie de empréstitos públicos externos, organizados por bancos alemanes, hasta el de 1913 del régimen golpista de Huerta. La casa Bleichröder lideró y, más tarde, sólo participó en los sindicatos de las

grandes conversiones de la deuda externa mexicana de 1888, 1899 y 1910. Al lado de la casa Bleichröder, actuaban en los empréstitos mexicanos también el Deutsche Bank, el Dresdner Bank y algunos bancos alemanes menores. Sus negocios abarcaron no sólo empréstitos públicos, incluso para la financiación de la construcción de ferrocarriles en propiedad estatal, sino también, con créditos a corto plazo, la financiación del comercio exterior entre Alemania y México. La Primera Guerra Mundial y el desmoronamiento del Estado mexicano terminaron con los negocios de los empréstitos mexicanos de los bancos alemanes.

Jürgen Buchenau se ocupa de la Casa Böker, una empresa ferretera alemana que arribó a México en 1865 y en el curso de las siguientes décadas se convirtió en la primera en su género. Sugiere que esta casa mercantil fue pionera de la tienda departamental moderna y de la cultura del consumo y, en este sentido, cuestiona la hipótesis según la cual estos dos fenómenos no habrían hecho su aparición hasta los años cuarenta del siglo xx. Describe el origen regional y el ambiente de negocios en que crecieron los Böker antes de emigrar a México, así como la situación que se vivía entonces en este país.

El autor explica las prácticas empresariales que permitieron a la casa comercial sobrevivir en los primeros años, cuando las máquinas de coser y la venta de armas eran los principales negocios, y refiere también los “secretos” de su expansión durante la era de mayor prosperidad, que se experimentó durante el régimen de Porfirio Díaz. Asimismo, analiza las estrategias de integración y asimilación de esta familia de inmigrantes, que se identificaron en México tanto con la colonia norteamericana como con la alemana. Esta diversidad de relaciones favoreció una considerable diversificación geográfica de sus actividades comerciales, de manera que para 1900 la Casa Böker vendía productos tanto de Estados Unidos como de Alemania, Gran Bretaña y otros países europeos.

La estrategia mercantil de la compañía nunca implicó la apertura de sucursales, sino el envío de representantes o agentes viajeros una vez al año. En un principio, los negocios al mayoreo tuvieron mucho mayor éxito que las ventas al menudeo, las cuales se completaban frecuentemente en el domicilio de los clientes. No obstante, esta visión estrecha de los negocios se transformó hacia el cambio al siglo xx, cuando una nueva administración de la compañía tomó la decisión de establecer una tienda con espacios de exhibición, que pronto se transformaría en una verdadera tienda departamental con la construcción de un fastuoso edificio en el centro

de la capital. Casi al mismo tiempo, el gerente de la Casa Böker decidió emprender una agresiva campaña de publicidad a fin de ampliar su cartera de clientes. De acuerdo con Buchenau, al dar estos dos importantes pasos, la Casa Böker emprendió la transición hacia el consumo moderno. Como el propio autor reconoce, los límites de este exitoso desempeño los impusieron las dimensiones y características del mercado mexicano, que a diferencia del de otros países más avanzados era pequeño y se encontraba fuertemente concentrado. No obstante, si se toman en cuenta estas limitaciones que se desprenden de características estructurales de la economía mexicana, no cabe duda que la Casa Böker sacó el mayor provecho posible de la globalización para edificar una empresa estable, exitosa y con una existencia perdurable.

Reinhard Liehr y **Mayra Gabriela Toxqui** analizan una empresa familiar textilera, la de Juan Domingo Matienzo y Torres, de la ciudad de Puebla. En el siglo XIX y el Porfiriato, la mayoría de las compañías de la industria textil de los estados de Puebla y Tlaxcala, la región con la mayor cantidad de fábricas textiles en México, eran pequeñas y medianas empresas familiares de uno o varios empresarios. Los orígenes humildes de la empresa datan de los últimos años de la época colonial, fundada por dos inmigrantes del norte de España, casado, uno después de la muerte del otro, con una mexicana, hija también de un inmigrante español. Los gerentes eran activos en la distribución de textiles importados directamente de Cádiz y, en la primera década después de la independencia, de Inglaterra con la mediación de grandes casas importadoras. A partir de la década de 1840, la empresa, con su tío Andrés Torres como propietario y gerente, distribuyó en primer lugar hilaza y textiles de la producción poblana dentro de la ciudad y en el valle de Puebla, en los valles y estados vecinos, sobre todo en la ciudad de México y sus mercados, y pronto en los estados de tierra adentro en el norte, incorporándose al mercado nacional emergente. Al mismo tiempo, la empresa se expandió al invertir en la producción descentralizada de un sistema de *putting out* o *Verlag*, similar al de los comerciantes textiles de Inglaterra y Europa occidental, y, después, en un segundo momento, llegó a invertir en participaciones en fábricas de hilados y tejidos.

Durante la apertura, modernización y expansión del Porfiriato, la empresa fue incorporada de manera más intensa a la economía atlántica, importando algodón también de Nueva Orleans y maquinaria de Inglaterra y Estados Unidos. En la década de los ochenta, se concentró en la produc-

ción textil, abandonando los diferentes negocios mercantiles. Dejó también la distribución de sus propios productos textiles, sobre todo mantas, a una casa importadora, exportadora y de estampado de barcelonettes franceses. En la misma década abandonó también la producción de mantas en manufacturas tradicionales por telares a mano que habían sobrevivido al lado de fábricas modernas debido a los bajos salarios de los tejedores, como en otras regiones de la producción de textiles de algodón en Europa occidental. Juan Domingo Matienzo, como propietario y gerente, decidió vender sus fábricas antiguas y establecer una fábrica completamente nueva, con maquinaria, energía hidráulica y comunicación ferrocarrilera más adelantada. Esta fábrica se constituyó sólo en compañía de otro empresario textilero de Puebla y sin un crédito bancario, el que en ese momento todavía no estuvo a su alcance. Sin embargo, incluso con esta estrategia la empresa tuvo dificultades de competir con las nuevas fábricas mayores de las sociedades anónimas textiles de Orizaba. El gran inconveniente en el auge de la empresa durante el Porfiriato fue la muerte de Juan Domingo Matienzo en 1895. Hasta la Revolución, las fábricas textiles tanto de esta empresa como de las otras compañías familiares de Puebla no fueron capaces de exportar sus productos más allá de las fronteras nacionales. La empresa invirtió por seguridad también en dos haciendas y en un rancho industrializado con hornos de ladrillos.

Como se puede apreciar, en todos estos casos se destacan tanto las particularidades del caso mexicano como el conjunto de las condiciones que crearon un marco propicio para la integración de las economías nacionales en el mercado internacional.

Bibliografía

- BORDO, Michael D./EICHENGREEN, Barry/IRWIN, Douglas A. (1999): "Is Globalization Today Really Different than Globalization a Hundred Years Ago?". NBER Working Paper.
- BORDO, Michael D./TAYLOR, Alan M./WILLIAMSON, Jeffrey G. (coords.) (2003): *Globalization in Historical Perspective*. Chicago: University of Chicago Press.
- FINDLAY, Ronald/O'ROURKE, Kevin H. (2003): "Commodity Market Integration, 1500-2000". En: Bordo, Michael D./Taylor, Alan M./Williamson, Jeffrey G. (coords.): *Globalization in Historical Perspective*. Chicago: University of Chicago Press, pp. 13-64.

- GRUZINSKI, Serge (2006): *Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation*. Paris: Éditions de la Martinière.
- JONES, Andrew (2006): *Dictionary of Globalization*. Cambridge: Polity Press.
- KUNTZ FICKER, Sandra (2007): *El comercio exterior en la era del capitalismo liberal, 1870-1929*. México, D.F.: El Colegio de México.
- (2010a): *Las exportaciones mexicanas durante la primera globalización, 1870-1929*. México, D.F.: El Colegio de México.
- (coord.) (2010b): *Historia económica general de México. De la Colonia a nuestros días*. México, D.F.: El Colegio de México.
- KUNTZ FICKER, Sandra/PIETSCHMANN, Horst (coords.) (2006): *México y la economía atlántica (siglos XVIII-XX)*. México, D.F.: El Colegio de México.
- LECHNER, Frank J./BOLI, John (coords.) (2008): *The Globalization Reader*. Malden: Blackwell.
- LINDERT, Peter H./WILLIAMSON, Jeffrey G. (2003): "Does Globalization Make the World More Unequal?". En: Bordo, Michael D./Taylor, Alan M./Williamson, Jeffrey G. (coords.): *Globalization in Historical Perspective*. Chicago: University of Chicago Press, pp. 227-275.
- MAZLISH, Bruce/IRIYE, Akira (coords.) (2005): *The Global History Reader*. New York: Routledge.
- OBSTFELD, Maurice/TAYLOR, Alan M. (2003): "Globalization and Capital Markets". En: Bordo, Michael D./Taylor, Alan M./Williamson, Jeffrey G. (coords.): *Globalization in Historical Perspective*. Chicago: University of Chicago Press, pp. 121-183.
- O'ROURKE, Kevin H./WILLIAMSON, Jeffrey G. (1999): *Globalization and History. The Evolution of a Nineteenth-Century Atlantic Economy*. Cambridge: MIT Press.
- OSTERHAMMEL, Jürgen/PETERSSON, Niels P. (2005): *Globalization: a Short History*. Translated by Dona Geyer. Princeton: Princeton University Press.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1974): *The Modern World System. Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the Sixteenth Century*. New York: Academic Press.
- (2000): *The Essential Wallerstein*. New York: New Press.
- WILLIAMSON, Jeffrey G. (2011): *Trade and Poverty. When the Third World Fell Behind*. Cambridge: MIT Press (ed. española: Barcelona: Crítica, 2012).